

Carta a Alfredo.

En campos de sentido, invasor irónico.

Los que estudian la inteligencia humana, desde los clásicos que medían el QI, en el supuesto de que se pueda medir, hablan de unos 33 tipos de inteligencia diferente. Y me traen medio desesperado porque, aparte de agregarle cada semana nuevas áreas, la etnopoética, la ecología simbólica, y nuevos debates sobre la cognición y el aprendizaje humano en congresos científicos que convocan y a última hora disuelven, como uno en México que no tendrá lugar, resulta que no dicen nada sobre ciertas formas de inteligencia, que decir diciendo, reúnen varias. Desde la emocional al pensamiento complejo que une el pensar con las imágenes. Alfredo va por ahí. Esto de que solo hacen caricaturas, o como se decía en la vieja Lima, “monos y monadas”, no es tan cierto. No lo es ni para Carlin, ni para heduardo, y menos para Alfredo, al que sigo rabiosa, devotamente, desde hace años.

Una de las virtudes del diablo, dicen los enterados, es hacernos creer que no existe. Alfredo va por ahí, publica sus “comics” y parece muy sencillo lo que hace. No hay que engañarse, desde las primeras historietas me recordó el rol que jugaron en otros casos, por ejemplo, en la España de los últimos años de Franco y también después, cuando la de la Transición, los humoristas gráficos como Forges o revistas como La Codorniz (que cuando la cerraba la censura, sacaban otra más pequeña que llamaban “la perdiz”). Pero bueno, los llamaban “malhumoristas”, y no les faltaba razón. Guardando las distancias, y las diferencias del caso, el humorismo gráfico no sólo se queda en una crítica a un régimen y un poder. También observan una sociedad, a la gente, cómo son, qué hacen, y con ironía, a veces con piedad, los describen.

De lo primero tienen los dibujos de Alfredo, desde los días en que, por los noventa, lo leía por Internet, cuando en el diario *La República* se peleaba con el Chino y su sistema, pero de lo segundo también. Observador de lo popular, me admiraba desde entonces esa pareja de peruanos desnudos, hembra y macho los haré como dice la Biblia, pero siempre sonrientes. Una vez, un colega francés (andaba yo por las islas paradisíacas de la Polinesia, y en una todavía más celeste universidad bajo palmeras) me preguntó cómo eran los peruanos. Le mostré uno de tus dibujos. Era un fin de año, una ilustración tuya para un primero de enero, me parece que era para el año 2000, poco importa. “*Los calatos*”, tus personajes, estaban brindando por el nuevo año, con todo al aire, calatos por supuesto, con un fondo de choza sobre una ciudad que ostentosamente era Lima. Y eso, me impresionó e impresionó al colega, el optimismo en plena pobreza. Admirable. O desesperante, depende como se mire. Pero bueno, lo que te quiero confesar Alfredo, que de todos tus personajes e historietas, ésta es la que me sigue pareciendo tu mayor acierto, y aunque de las otras trataré de inmediato, no quería dejar pasar la oportunidad de decirlo. Vamos a ver, ¿qué significa ese calato que brinda, en el año nuevo? Alegoría feliz de que la gente peruana no pierde la esperanza. Que cuanto más está expuesta a la adversidad, se afianza la voluntad de vivir. El dibujo nos recuerda gente, millones de ellas, que no satisfacen sus necesidades de base, electricidad, agua, transportes y atención médica, menos trabajo estable, son en todo insuficientes menos en la energía que despliegan en el diario vivir. Dice algo más, me parece, ese retrato de desamparados cobijados en su propio

amparo. No son ya sensibles a paradigmas y especulaciones teóricas, solo creen en su propio esfuerzo.

Agradezco tu generosa invitación a que escriba en la entrada a tu libro, y aunque los prólogos son un género casi innecesario, me das el pretexto de decir algunas cosas. Hace años que te sigo. Me asombra cómo invades prados de sentidos diversos. Con *“Los calatos”* ya te habías metido en el predio de don Hernando de Soto, de Carlos Franco, de varias ONG, en el mundo de la informalidad que a ti, por lo visto, no te parecía tan caído del palto. Y esos pobres, siempre lúcidos, siempre en pelotas, volvieron a aparecer como mendigos sentenciosos en las esquinas de las calles, según tus ilustraciones, con la mano extendida, pero siempre diciendo cosas, y no cualquier cosa. Esa fue tu primera invasión, en predios de la antropología urbana. El segundo no fue menos sonado. No sé si fue en ese orden, pero lo de tus *“viejas pitucas”* es un tratado sobre las costumbres y el pensamiento de las clases altas limeñas - para decirlo de alguna manera - tomado por el lado más fregado del asunto, la manera como piensan esas damas. Y en la mentalidad de sus clases altas. Y en el dominio más difícil de las mismas, el de las esposas, madres o abuelas, instaladas en el privilegio casi de casta, pero ellas hablan con una actitud de franqueza desconcertante. Esa fue otra de tus invasiones, en el terreno del análisis político. *“Las Viejas Pitucas”* muy conscientes de serlo, y hasta orgullosas; pero no es la única invasión. Hay una galería que va desde gente muy pobre de Conos, entre alegrones y maldicientes, a políticos despistados, de todo. Pero pones ternura que acaso falta en la historia de otros. Te caen bien los de arriba y los de abajo, y en todo caso, los entiendes.

Para invasiones, las llamo así, formas de explicar lo inexplicable, bastan y sobran el par señalado. Pero no, hubo otras. Un día nos descubrimos muchos leyendo, entre divertidos y abrumados, esas historias de una pareja dispareja que no puede ni llevarse bien ni romper. Pero hombre, por todos los clavos de Cristo, ahí plantabas tu tienda de campaña en los predios, muy poblados por cierto, del psicoanálisis. Todas esas mañanas de la pareja de tu serie, para romper y no romper, para odiar haciéndose a la vez amar, y lo contrario, o sea, condensación freudiana, denegación, “double bind”, cuanto hay, la diferencia de sexos, la *Geschlechtsunterschwind* (1) completa. Melanie Klein y la Simone de Beauvoir enteritas, con esa reivindicación de la mujer que pone todo el tiempo en la puerta a un marido que se va y no puede irse. Entiendo que Max Hernández, ante tales desacatos, no ha tenido más remedio que prologarte. Pero todavía no te salías de la peruanidad, de los *pattern* y libidos de por aquí. A ratos esa pareja era recontrap Peruana, y a ratos no, te lo podían reproducir el dibujito en alguna revista de la *Self Psychology*, si se les cantaba. Pero lo último resulta todavía más audaz. La vaca y el perro que se han echado a hablar, son algo más que producto *made in* peruano. Y no por azar, has optado por un bestiario.

Viejo recurso, Alfredo, no por antiguo - La Fontaine, Samaniego - no por ello menos sabio. Los bestiarios existen desde siempre, por ejemplo esas sirenas, ahorita mismo tengo una en la pantalla, medioeval, y la tipa no solamente tiene tetas y cola de pez sino que le ponen alas. Bestiarios: “descripciones siempre breves de seres reales o imaginarios”, que reflejan, dicen los eruditos, “la convicción de que el mundo es un libro hecho por Dios, y que en consecuencia todo está como en correspondencia”, o sea, vinculado. Pero no es el paraíso terrestre lo que te interesa, sino el purgatorio de la vida corriente, no los animales del Arca sino el bestiario contemporáneo de la condición humana. Es lo más serio que has hecho, pero naturalmente,

lo que por eso mismo pasará más piola. Sería un error. No se habla del bien y el mal, de lo justo y lo injusto, de lo moral y lo ético, sin correr riesgos. Es la más universal de tus aventuras gráficas.

Y me pregunto, ¿por qué la alegoría de esos dos animales, precisamente, la vaca y el perro? Mi mujer, Claire, me hace notar que también hay por ahí un burro, y no puede ser menos, un burro sabio porque se admite burro. Me parece escuchar a los filósofos antiguos, la sabiduría le comienza a uno cuando se reconoce ignorante. Lo cual muchos pomposos personajes en nuestro medio contradicen. Allá ellos. Pero esa vaca, animal de cuya naturaleza usamos no solamente para comer o tomar leche sino hasta hacerse el calzado fino (los zapatos colombianos, te los recomiendo), es un tipo de animal, un tipo de relación con nosotros, con nuestra especie depredadora. El otro tampoco está ahí por gusto, nada menos que el perro, nuestro mejor amigo dicen, nos mueve la cola, igual nos muerde, y nos observa, nos mira el maldito, y en tu serie dice lo que somos. Pero la vaca también, y a juzgar por mis notas, dice mucho más que el perro, como pronto se verá.

En suma, nos has puesto dos jueces, Alfredo. Suerte de auditores de nuestra vida de cada día. Y esta vez te dejas de costumbrismos, de peruanidades, te metes en cosas mayores, la conducta humana no vista por ángeles, que acaso podrían ser neutrales, sino por dos especies que guardan con la humana una relación entre dependiente y de rivalidad. Están vivos porque los hemos producido socialmente, desde los tiempos diluvianos en que el ganado vacuno pastaba muy tranquilo y con vacas flacas que no eran esas usinas de leche que varias civilizaciones ganaderas, desde los antiguos galos, las han vuelto. Un odre en un establo. Y ese perro, que ya no es lo mismo de cuando eran carroñeros, por cierto, tanto como las primeras hordas humanas en el Cuaternario. No, los inicios de una especie no son muy gloriosos, y alguno de tus animales (¿ es qué lo son?), si me escuchara, añadiría, tampoco lo son los finales. Ya veremos cómo nos va cuando el recalentamiento de la tierra se ponga bravo y nos falten alimentos y entre ellos, el agua. Pero, no nos pongamos trágicos, ya se verá, quedémonos en esa serie tuya, alegoría de lo humano visto desde unos observadores externos, irónicos sin duda, pero inteligentes. ¿Y qué nos vienen a decir? Pues, de todo.

He leído, para este prólogo, una tras otras las láminas seleccionadas. Y como soy eterno estudiante, he tomado al lado mis apuntes y notas. Dos amigos conversan, porque ese es el fondo del asunto, disimulado, cuando no, asolapado, bajo el disfraz de la vaca y el perro (y desde los límites de esa misma condición, como lo indicaré más adelante). ¿Y de qué conversan? De muchas cosas, pero su objeto apasionado, desdeñoso, curioso, amoroso, desamorado, quién podría ser sino el hombre, y me parece, el varón, visto desde la perspectiva de un animal de sacrificio, la vaca, y un animal de compañía, el perro (la mujer aparece, pero en el cuadro de un lío, visto desde los ojos del perro, a la altura de las rodillas, y chau). Aparte de esta salvedad, un poco misógina, los temas que circulan caben enteramente en un manual de estudio del comportamiento humano, y de reflexión sobre esa especie que somos, visto con ojos (y olfato mejor, el del perro) que ni imaginamos. Reviso brevemente mi listado de temas, que no es mío, sino de ese libro tuyo, Alfredo, de irónico humanismo. Una primera tabla trata de lo justo y de lo injusto. La siguiente, de la fiesta del Año Nuevo como necesidad del animal humano. En otra, sobre la vida misma, no la del hombre sino de la vaca, siempre amenazada (el perro no pierde ocasión de recordárselo, su destino de bistec o sancochado) y la del perro y

todo ser viviente, pero al tiempo de pensar en el pensamiento. Y de pronto, siento que por ahí pasó Nietzsche, "el pensamiento debería ser la vida". O de repente, soy yo que proyecto sobre tu vitalismo mis viejas lecturas, puede ser. O eres tú que lo has leído y crees haberlo olvidado, no, a Nietzsche, el maldito, no se le olvida, pero en fin, acaso nos pase que se le meten a uno en las entretelas las lecturas, como ese senador cuzqueño (los de otras épocas) que en el Senado hacía un largo y sesudo discurso, entonces no había los tres minutitos de ahora, y a cada párrafo don Luis Alberto Sánchez, que estaba al lado y muy atento, interrumpía: "eso es de Rousseau"; y el cuzqueño seguía: "eso es de Montesquieu", volvía a interrumpir don Luis Alberto, y el otro seguía: "eso es de Malraux", hasta que el cuzqueño, que era famoso porque tenía el hombre su biblioteca bastante extensa, y era lo que se llamaba un repentista, o sea, tampoco era mudo, se volvió y le respondió: "Senador Sánchez, cada uno eructa de lo que come". Así, y volviendo a tu creación, lo que trato de decir, sobre todo al lector, es que esos dibujos no son solamente tira cómica, historieta, diversión, sorna y broma, no.

El tema que más te viene entre muchos otros en estos nuevos personajes, es el ser humano. La que mejor opinión tiene, la vaca: "los humanos piensan y sacan conclusiones", naturalmente el perro los ve, como decirlo, más naturalmente. Ve la locura, ve el poder. "Parece que los amos se usan unos a otros". "El fútbol vuelve locos a los hombres". La vaca es más filosófica: "los humanos son animales que no se conocen". En cuanto al poder, la vaca dice: "ciega a los brutos, pero más a los que rodean a los poderosos". Y como uno tiene sus lecturitas, me sentí trasladado a los senequistas de los primeros siglos, colgados entre el eclecticismo de los romanos y la primera escolástica, un poco como todos, antes de ver qué pasa en Wall Street. Lo mejor de ese diálogo, que es controversia, discusión, toma y daca, es la sinceridad. El perro es el más sincero, hasta la brutalidad: "tu no eres sino una despensa, yo soy un payaso". Bravo, artista, ¿quién se habla así, con esa ganas de pura verdad? Creo haberte contado en alguna ocasión, conversando, que lo que a mí más me sorprende de los usos y maneras capitalinas, tras treinta años de no vivir en Lima de corrido, es la desaparición de cierta manera franca, criolla, de hablarse, no por directa, menos afable y cordial. La gente como que se ha puesto más evasiva, más ladeada, debe ser la lucha por la vida en el darwinismo del mercado formal o informal; el pata, el causita, nunca se sabe cómo se va a portar mañana, y de repente, joderte. Así que la regla no escrita (esas son las verdaderas) es suave nomás, compadre, no te mandes ni te fíes. El horno no está para bollos.

Pero tu vaca y tu perro, en esas historias, no son así. Se dicen de todo. A veces el perro muerde a la vaca, por eso de "muerdo, luego existo", y luego la vaca, pasada la indignación, le deja mamar leche de sus ubres. Pero una semana después de ese gesto de ternura, no significa que se equivoque sobre la verdadera naturaleza de su amigo perro, lo ve pasar por la calle con su amo y ni la saluda. Están conversando de lo más entretenidos y lo llama el amo y el perro sale a toda vela. La vaca nos lo dice a nosotros, espectadores: "la sobonería elevada a cualidad".

Pero claro, hay temas que se te meten en otros, algunos vienen de otros relatos de Alfredo. Por ejemplo, el tema de la pareja, del varón y la mujer, hay un lío de amor, celos, pelea y luego, ante la mirada estupefacta del perro, se reconcilian. En "*El amor es un intrínquilis*", el perro le pide opinión a la vaca. Esta responde: "él sabe que ella sabe que miente, pero le miente a él haciéndole creer que sabe". ¿Entonces, contesta el perro, ¿quién dice la verdad? La vaca:

"ninguno de los dos". No entiendo, dice el perro. "Es que tú eres perro y ellos son animales superiores". Aparte del fondo de la tesis, el ser humano es superior porque puede mentir. Esta temática hace jugar a Alfredo en las ligas mayores. En lugares donde la reflexión filosófica se nutre de estos dilemas, el status de la verdad, el libre albedrío. Me parece abrir uno de esos manuales de formación de escolares, de otros países, donde la reflexión se ejerce por temas dados, como: "¿por qué somos o no somos morales?" "¿Para ser morales, tenemos que desafiar nuestros deseos?" Pero estamos en el Perú que nunca tuvo una cultura general laica y filosófica y, en consecuencia, esta es la mayor de las invasiones hechas por Alfredo. La inundación del sentido común plebeyo y popular con grandes cuestiones existenciales, y no bromeo. La vaca todo el tiempo se define, el perro también. Quieren saber qué son. Doy leche, dice ella, luego existo. El perro es consciente de que no vive sino porque el hombre lo apapacha. "El piensa, yo existo". Así, cuando la vaca, para joderlo, le dice que eso de que a ella la comen y a él no, es relativo, "porque en China se comen a los perros". Es un mal rato para el can. Por lo demás, lo humano se desdobra en ambas alegorías; la vaca es como un bohemio inteligente, se hace preguntas, qué es el cielo, qué es la vida, y el perro juega en lo que se llama en lenguaje teatral, la contraescena. Retruca, le lleva la contraria." Me das pena", le dice. La vaca le dice al perro, entonces, algo que nos está diciendo finalmente, como lectores. No es pena, perro burro. "Es miedo al abismo al que te lanza la verdad".

Aquí hay un problema. Si digo que Alfredo resulta filósofo y no me aclaro, me van a colgar. Depende, pues, de lo que por eso entendamos. Para comenzar, esto no es un tiritito que le suelto a los profesores de filosofía de ninguna universidad ni peruana ni extranjera, por el amor del cielo. Bien buena falta que nos hace la filosofía, no es por ahí. Es por el lado de los fundadores que lo tomo, es decir los griegos, los del siglo IV antes de JC. Y no resisto introducir un mito. Lo relata el sofista Protágoras en el diálogo de Platón que lleva su nombre. Cuenta que Zeus, visto que los hombres eran una especie bastante desprovista de recursos para sobrevivir (ni garras como los leones, ni fuerzas como los titanes y ciclones), distribuye entonces un talento raro: la razón, el *logos*, con el ánimo de que organizaran la ciudad, la *polis* y pudieran prosperar, la razón que lleva a la política, la *politike arete*, un don. Un poder para tomar decisiones en el curso de una asamblea. Un talento no raro sino distribuido democráticamente, y puesto que todo hombre tiene acceso al entendimiento, el régimen político lógicamente resulta ser la democracia, así de cristalino. O sea, para salvar la *polis*, pero también para salvarse a sí mismo, hace falta ser filósofo. Pero no con el profesionalismo que hoy lo entendemos. Como una sabiduría entendida del modo más amplio. Como una empresa práctica. "Como un conjunto de verdades concernientes a la manera como se debería vivir si se quiere vivir bien", dice Michaël Frede, en "*Figuras del filósofo*", en mi biblia griega de cabecera (Jacques Brunschwig, Geoffrey Lloyd, *El saber griego*, diccionario Akal, 1996). Y eso es lo que conviene decir a la peruana grey, querido Alfredo. Pensar está al alcance de todos, de la vaca y el perro de tus fábulas, que no lo son. Son historias morales de nuestros días, incertidumbres, dudas, cavilaciones. Y el perro es bien peruano, lo que no quita que sea buen interlocutor en el juego de los filosofemas. Es perro cholo, cruzado. "Mi abuelo paterno fue pastor alemán", le cuenta a la vaca. El abuelo pierde la cabeza por una perra china. "Ella tuvo de padre a un San Bernardo que afanaba a mi abuela, una chihuahua". Tú, le dice la vaca, "más que de una raza, vienes de un mitin". No tengo la culpa, contesta. "No sirves para la vanidad", dice filosóficamente la vaca. Notable.

Quiero decir algo más en estas líneas que, para prólogo, ya están bien. Por mi parte he admirado lo hecho por Michel Onfray, un *"Antimanual de filosofía"* para los escolares franceses, que está traducido al castellano (Edaf, Ensayo, 2005). Y hasta estaba tentado de intentarlo, pero no, eso es para culturas en que la filosofía se enseña en secundaria, ocurre también en España. No, tu método es mejor, las historietas. Lo gráfico; vivimos en la era de la imagen. Así, tu libro, Alfredo, que junta conversación e imágenes, sirve para enseñar a pensar. Arranca con la astucia de unas alegorías, de un bestiario, justamente, de degradadas imágenes de un par de animales, pero que razonan como muchos acaso no sepan hacerlo, en fuego cruzados de ideas y de temas sobre la vida, el cielo, la muerte, el destino, Dios, el hombre, los viajes por el tiempo, el poder, los poemas de Neruda, y hasta una versión de la Biblia desde la perspectiva de los animales: "Hace una criadilla de años, un grupo de animales secuestró a un tal Noé". El Arca en tanto que obra de la iniciativa animal. Si ellos pueden, algunos se dirán, ¿por qué yo no? En suma, tus alegorías de una vaca y un perro que conversan y disertan, democratizan la idea misma del saber pensar filosóficamente. Hay que hacerlo por la vía de la plena libertad, y es lo que les ocurre a tu pareja de amigos. Son nadie y son todos. Los griegos no sostenían nada que fuera muy distinto.

Hugo Neira
enero del 2009

1. Quiere decir simplemente "gender", género como se dice. Pero la joda de ponerlo en alemán, es broma.

Alfredo

LA VACA Y EL PERRO



UNIVERSIDAD DE
SAN MARTÍN DE PORRES